



El pequeño dragón que tenía frío

En un bosque encantado vivía Dídac, un pequeño dragón que siempre tenía frío. Los demás podían lanzar grandes llamaradas, pero de su boca solo salían humo y una chispa diminuta.

Un día conoció a Lucía, una hada brillante.

—Quizás todavía no has descubierto tu llama especial —dijo—. ¿Quieres que la busquemos?

Visitaron el árbol más antiguo del bosque y la Cueva de las Estrellas, pero no encontraron ninguna respuesta. Finalmente llegaron al Lago del Espejo, cuyas aguas mostraban la verdadera esencia de quien se acercaba.

Dídac contempló su reflejo y vio todos los momentos en los que había ayudado: había compartido comida con un lobo hambriento, protegido a un pájaro caído y animado a Lucía con sus historias.

Al recordar aquellas acciones, sintió un calor agradable en el pecho. Sopló hacia el lago y apareció una llama dorada, suave y cálida.

Su fuego no era igual al de los demás dragones. No quemaba ni asustaba: servía para dar calor y encender pequeñas luces.



Dídac comprendió que no necesitaba imitar a nadie. Había encontrado una capacidad propia, nacida de su bondad y su manera de cuidar.

Enseñanza del cuento

No todas las capacidades se manifiestan de la misma forma. Reconocer nuestros gestos y fortalezas nos ayuda a valorar aquello que nos hace únicos.